

HUELLAS Y FRAGMENTOS

ESTRATEGIAS PARA LA CONSTRUCCIÓN DE UNA IDENTIDAD: *MUJER EN PUNTO CERO* DE NAWAL EL-SA'ADAWI

Bárbara Herrero Muñoz-Cobo
Universidad de Almería

INTRODUCCIÓN: APUNTES SOBRE LA AUTORA

Nawal El Saadawi es una referencia obligada cuando de feminismo árabe se trata. La escritora egipcia es una incansable activista aunque dicho compromiso le haya traído no pocos problemas personales. De hecho fue apartada del cargo que ostentaba como directora de Salud Pública de su país, la revista médica que dirigía fue clausurada, fue encarcelada en el año de 1980 y posteriormente amenazada de muerte por parte de los fundamentalistas. Pronto dejó a un lado su labor como psiquiatra y se dedicó de lleno al tema —o más bien a la causa— de la mujer, tanto con sus trabajos —entre los que se encuentran títulos como: *El rostro escondido de Eva* (1970), *Mujeres y sexo* (1972), o *Mujer en punto cero* (1973), la obra objeto de nuestro estudio— como desde su papel investigador y docente, pues ha impartido clases en la Universidad de Duke, en la Universidad del Estado de Washington y en la Universidad Atlántica de la Florida, y da seminarios y conferencias por todo el mundo.

1. LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD, PASO INELUDIBLE PARA LA LIBERACIÓN

Si partimos del concepto de identidad que propone Larrain, según el cual la identidad es el «proceso de construcción en la que los individuos se van definiendo a sí mismos en estrecha interacción simbólica con otras personas... para la construcción de una auto-imagen, de una narrativa personal»¹, comprobaremos que es precisamente la identidad el eje sobre el que nuestra autora construye todo el relato. Una identidad híbrida, nómada, de síntesis. No es de extrañar, pues la identidad en general y la femenina en particular es una de las asignaturas pendientes del mundo árabe que se ha visto a menudo desdibujada, malinterpretada y manipulada, entre otras causas, por orientalismos de distinto corte y calado. La búsqueda de esa identidad colectiva e individual es así uno de los ejes centrales de la literatura y el pensamiento árabes de hoy. Hannata Bennuna, Nazik Al-malaika, Asia Yebbar, Fadwa Tuqan o Fatima



Mernissi son, junto con El Saadawi, algunos de sus más claros exponentes, pues como afirma Ramírez: «en el proceso creativo de la literatura, las mujeres escritoras han encontrado un camino de autodescubrimiento y realización personal. En esta línea, sus escritos se convierten en reflexión sobre la propia identidad»².

Como la de todo autor de talla, la obra de El Saadawi tiene dos lecturas, a saber, una concreta y patente y otra latente y universal. El tema de la liberación de la mujer es, así, en El Saadawi, el pretexto y no el texto de sus relatos; la cuestión que subyace siempre es la liberación de la sociedad araboislámica en este caso, de desigualdades de todo tipo. Esto no es original en la historia de la literatura en general ni mucho menos en la literatura árabe, en la que la mujer es un símbolo recurrente de la patria, la tierra, etc... Nuestra autora se centra, eso sí, en la mujer como eslabón de máxima vulnerabilidad en la pirámide del poder. En definitiva, la obra y la vida de esta escritora son, es bien sabido, una lucha, casi una guerrilla, por la igualdad de la mujer, pero sobre todo es una lucha por la liberación del ser humano. La obra que nos ocupa es, de hecho, una biografía que es, por cierto, el género preferido por muchas escritoras árabes contemporáneas, para las que, como El Saadawi, obra y militancia van en paralelo. Con el objetivo claro, de-construir la identidad para re-construirla, El Saadawi recurre en la novela a varias estrategias claras: tras la superación una a una de todas sus carencias, procede al desvelamiento de lo oculto, de lo ocultado —mejor dicho—, a la ruptura de los límites de lo establecido, a la superación de los arquetipos y, finalmente, a la subversión del orden moral.

2. LA SUPERACIÓN DE LAS CARENCIAS. LOS CICLOS DE UNA ESPIRAL LIBERADORA

La identidad como forma de liberación es, como decimos, el núcleo que subyace a esta biografía, a muchas de las novelas de El Saadawi en las que, como observa Salti, que hace una acertada comparación entre las distintas protagonistas de los relatos de la autora: «the central characters in El Saadawi's novels have one element in common: they are all women who have been oppressed in some way by patriarchal society»³.

Estructurada en siete ciclos⁴, en los que la repetición es la nota dominante, la protagonista no deja de preguntarse quién es. El argumento del relato es la vida,

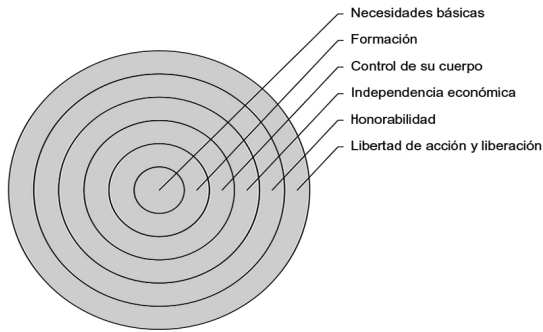
¹ J. LARRAIN, «El concepto de identidad». *FAMECOS*, vol. 21 (2003), pp. 3-4.

² A. RAMÍREZ, *Mujer e identidad, varias voces. Ensayos de literatura y traducción*. Chandlon Inn Press., Las Palmas de Gran Canaria, 2000, p. 11.

³ R.M. SALTÍ, «Paradise, heaven and other oppressive spaces: A critical examination of the life and works of Nawal el-Saadawi». *Journal of Arabic Literature*, vol. 25 (1994), p. 154.

⁴ No es del todo descartable que esta estructura responda a una connotación simbólica como si se tratara de las siete vueltas de circunvalación de la Ka'aba, paradigma de lo sagrado en el universo simbólico musulmán.

las vidas de Firdaws⁵, una prostituta condenada a muerte por haber matado a su proxeneta. La estructura narrativa se vertebra en siete micro-relatos, siete vidas, en los que la protagonista va superando algunas de sus carencias y siendo consciente de otras. Pero la conquista de sí misma no es para nuestra protagonista un progreso lineal sino una espiral en la que parece no haber salida ni avance. De un modo gráfico su trayectoria desde la carencia absoluta hasta la liberación sería la siguiente:



La superación de las carencias. Una espiral hacia la liberación.

Efectivamente, el proceso que atraviesa Firdaws para su liberación es un intento de ir superando las capas de la célebre pirámide de Maslow y está constituido por una serie de ciclos, de alternancias entre la decepción y las nuevas ilusiones, entre carencias y conquistas, periodos en los que prima la destrucción y periodos de crecimiento con transiciones marcadas siempre por la violencia, a través de los cuales la protagonista se derrumba, huye y se vuelve a rehacer. Cada microrrelato, cada vida, es una oportunidad para construirse, desconstruyéndose, para hacer borrón y cuenta nueva. El relato se estructura en siete fases vertebradas por la búsqueda de la identidad, a través de las cuales la protagonista va desvelando tabúes y supliendo sus carencias —que en realidad son, como hemos dicho, las carencias de la sociedad árabe—: la pobreza, la ignorancia, la hipocresía, las desigualdades e injusticias, el miedo, la violencia, el materialismo o la ambición de poder y, por encima de todas ellas, la pérdida de la identidad.

Recordemos brevemente la deriva emocional y de vivencias que atraviesa nuestra protagonista hasta encontrarse⁶: El punto de partida de la espiral liberadora es, como reza el título del relato, el punto cero, su niñez junto a un padre que la maltrata, una etapa caracterizada por la carencia de todas las necesidades básicas, tanto físicas como emocionales. Es en el siguiente ciclo junto a otro hombre, su tío,

⁵ Puesto que en árabe los nombres propios no son mera denotación, mero significante, sino que tienen un significado y evocan sus connotaciones, nótese el juego simbólico: Firdaus, el nombre de la protagonista significa «Paraíso». Pero Paraíso vive una vida infernal.

⁶ En los fragmentos se puede seguir la cartografía emocional y de vivencias que constituyen el relato. Nuestra edición es la de Horas y Horas (Madrid, 1994), en traducción de Mireia Bofill.



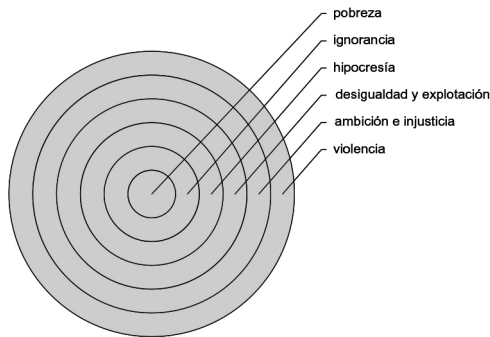
con quien la protagonista del relato podrá ver un poco la luz pues consigue cubrir las necesidades básicas y algo que le obsesiona desde pequeña, su formación. Pero tras el matrimonio de su tío comienza otro ciclo destructivo pues es obligada a casarse con un hombre mayor, el *Sheykh* Mahmud, un hombre que cumple las prescripciones religiosas al pie de la letra pero que la somete, sin embargo, a constantes vejaciones físicas y psicológicas. Como en otras ocasiones, parece que éste va ser el punto cero para una existencia feliz, tras haber logrado la ansiada respetabilidad de la mujer casada, pero el *Sheykh* resulta ser la encarnación de la hipocresía social. La siguiente vida, la siguiente circunvalación que atraviesa en su naufragio emocional para encontrarse, es su vida junto a Bayuni, un hombre que la encuentra en la calle tras haber sido víctima de la última paliza de su marido. Como en otras ocasiones, parece que Firdaus ya puede encontrar la paz, pero Bayuni acaba violándola y desposeyéndola de lo que es más suyo, su propio cuerpo. Es curiosamente una mujer, Sharifa Salah al-ddin⁷, la dueña del prostíbulo en el que entra a trabajar, la que, explotando su cuerpo, le otorga, paradójicamente, un control sobre el mismo como el que no ha tenido nunca antes, además de facilitarle la obtención de dos cuestiones importantes: independencia económica y libertad de movimientos. Con las necesidades elementales cubiertas, formación, control sobre su cuerpo, libertad de movimiento y cierta dignidad personal, sólo le queda a nuestra protagonista suplir una carencia: la respetabilidad social. Decide, así, dejar la prostitución y sacar una oposición para trabajar como funcionaria y lo consigue. En la oficina es una empleada modélica que cuenta sobradamente con el beneplácito social. Allí se enamora de Daya, un periodista progresista, luchador y comprometido para finalmente descubrir que su gran amor, cegado por la ambición, la abandona para casarse con la hija de un ministro. Este desengaño la hace volver a empezar y retomar la prostitución, pero esta vez cae en manos de un proxeneta y pierde prácticamente todo lo que hasta ese momento había conseguido; es otra vuelta al punto cero, ya que una vez más vuelve a ser maltratada, humillada, cosificada, explotada y con su voluntad secuestrada. En el último ciclo, sin embargo, la dinámica se rompe y el relato da un giro radical: la violencia, que es el hilo que ha ido urdiendo casi todas sus relaciones, reaparece pero ahora con dos diferencias fundamentales: ya no es ella la víctima y la violencia no sólo no es el problema sino que se antoja como la única solución. Matando a su proxeneta, nuestra protagonista consigue ser ella misma para dejar de existir, pues es muy consciente de que el precio de su libertad lo habrá de pagar con su propia vida, ya que le espera la pena capital; Firdaus toma, aun así, una decisión libre y vuelve al punto cero pero con la cabeza bien alta, con toda su dignidad y con la sensación de haber hecho lo que quería, por una vez. Es la primera vez en la que se da cuenta de que la identidad estriba en la acción, en los actos y no tanto en las proyecciones ajenas.

⁷ Apréciese una vez más el carácter marcadamente simbólico, y en este caso también irónico, de los nombres propios, pues la dueña del prostíbulo se llama nada menos que «la noble legitimadora de la religión».

A través de esta trayectoria infernal, Paraíso, que es como se llama nuestra protagonista⁸, se derrumba, huye y empieza de cero una y otra vez. La repetición da coherencia al libro, lo dota de cierta musicalidad y carácter poético y sus «estribillos» marcan una cadencia fatal y un tinte de irreversibilidad coreando un bucle trágico. Las situaciones dantescas a las que se enfrenta Paraíso *Firdaus* son callejones sin salida, desesperanzados, desesperados, que encarnan a la perfección los síntomas y los problemas de la sociedad árabe. Sociedad polarizada en un desequilibrio que sólo parece tener dos salidas: la resistencia pasiva, actitud que toma la protagonista de nuestro relato en seis de los siete ciclos, o la violencia a la que recurre al final del relato, en el que el asesinato se presenta como la solución definitiva.

3. EL DESVELAMIENTO DE LO OCULTO

La lectura simbólica de los ciclos de la vida de Firdaus es clara y se infiere con facilidad que la autora está sacando a la luz los trapos sucios de la sociedad, arremetiendo violentamente contra los pliegues más recónditos, oscuros y silenciados del tabú protegido por valores como el honor o las restricciones de tipo religioso y moral. Así, nuestra autora enseña sin pudor las vergüenzas de su sociedad para provocar la reflexión apelando, en última instancia, a la acción. Desdibuja el canon y lo emborrona para restarle rigidez, muestra lo que es y destruye el «como debe ser» con sus embestidas intelectuales pensando en lo impensado⁹, hablando de lo silenciado y desmoronando los límites de lo establecido para re-crear y re-definir un mundo más justo. Muestra así en cada ciclo uno de los grandes problemas de la sociedad árabe: pobreza, ignorancia, hipocresía, desigualdad, explotación de los más débiles por parte de los poderosos, ambición de poder, injusticias y la violencia.



El desvelamiento de lo oculto. Las principales lacras de la sociedad árabe.

⁸ La elección de este nombre no es casual, pues la subversión de la polaridad inferno-paraíso es una constante en su narrativa.

⁹ Lo impensado es, como afirma Arkoun, el nudo gordiano de todo pensamiento. M. ARKOUN, *The Unthought in Contemporary Islamic Thought*. Londres, Saqi Books, 2002.

Pero para construir una identidad, además del desvelamiento del tabú, hay que deconstruir algunas coordenadas. Sabemos que una cultura se define por sus límites, por sus referentes, por sus cánones. Esos territorios liminales, en la periferia de lo permitido, fuera del límite de lo pensado sólo dentro de lo imaginable, son sacados a la palestra para que la sociedad se mire a sí misma, reflexione, se revele y se rebele para cambiar. Hablamos de una narrativa, la de El Saadawi, que más que una evolución busca subvertir el orden establecido y arrancar de cuajo realidades enquistadas a lo largo de los siglos. Es la demolición de los límites, *kasr al Êudud*, como reza el título de otra de sus obras.

4. LA DEMOLICIÓN DE LOS LÍMITES

Considera, en efecto, nuestra autora que muchos de los límites que inconscientemente se asumen no son más que instrumentos al servicio del poder y las dicotomías que perfilan como inamovibles, meros artilugios para someter a los más débiles y supone que, como afirma Elena Casado: «no solo atravesamos fronteras sino que la identidad es un juego de identidades móviles productoras de significados, poderes y estructuras... estamos continuamente reescribiendo nuestra historia y, como identidades en la diferencia lo hacemos desde discursos homogeneizadores... la pureza categorial es desterrada»¹⁰. Nuestra autora destruye estos límites, pues considera que limitan, valga la redundancia, la capacidad de movimiento, de reacción, de acción y de cambio, de cambio a mejor, de progreso. En todas sus obras El Saadawi desdibuja, trastoca y subvierte el orden moral dicotomizado en lo lícito y lo que no lo es (lo *halal* y lo *haram*), lo público y lo privado (lo *`amm* y lo *jass*), el hombre y la mujer, oriente y occidente demostrando la hipocresía que subyace a tan rígida categorización de los comportamientos. Empieza así por derribar la línea imaginaria y, en su opinión, falaz, que divide oriente y occidente y, más concretamente al feminismo árabe o islámico y al occidental. El feminismo es para El Saadawi feminismo sin más y en ambos casos la identidad femenina se forja a menudo sobre la opinión ajena y en referencia a un modelo igualmente rígido e impuesto de mujer. La autora afirma, de hecho, que la calificación mujer árabe es reduccionista¹¹ y, de hecho, *Mujer en punto cero* está totalmente desprovista del tinte exótico que el lector pudiera esperar, es el «eclecticismo de su mundo», uno de los rasgos que, para Sotelo,¹² caracterizan a los relatos posmodernos de esta tipología y los dota de universalidad. Así, Firdaus, la

¹⁰ E. CASADO, «Cyborgs, nómadas, mestizas... Astucias metafóricas de la praxis feminista», en G. GATTI e I. MARTÍNEZ DE ALBÉNIZ (coords.), *Las astucias de la identidad. Figuras, territorios y estrategias de lo social contemporáneo*, Servicio Editorial Universidad del País Vasco, 1999, p. 54.

¹¹ Entre otras ocasiones en la conversación que mantiene con Peter Hitchcock y Sherif Hetata transcrita en la revista *Transition*, vol. 61 (1993).

¹² J. SOTELO, «Literatura y medio ambiente: la universalidad de la novela de Haruki Murakami». *Observatorio medioambiental*, vol. 13 (2010), p. 21.

protagonista, podía ser una mujer de cualquier lugar, incluso un hombre de cualquier lugar, buscándose en medio de las tinieblas de un mundo de desigualdades. Otra de las fronteras que intenta demoler es la estanqueidad de los espacios públicos y privados (lo *`amm* y lo *jass*) y el conjunto de funciones que estos delimitan y que existe en determinados sectores de las sociedades patriarcales¹³. Intenta dar la vuelta, o simplemente derribar, la pirámide formada por el poder que reserva para el hombre el ámbito público. De hecho, la propia El Saadawi se presentó a las elecciones a la presidencia de su país, Egipto, casi con la única intención de sacar a la mujer de la jaula de lo privado y hacer visible la posibilidad de una mujer con poder, una mujer en el ámbito y con el papel tradicionalmente reservado a los varones. Observamos esta coincidencia entre su biografía y la de sus protagonistas pues, en *Mujer en punto cero*, El Saadawi nos describe la vida de una prostituta, de una mujer pública, el paradigma de mujer que traspasa el límite de lo permitido y se mueve con soltura en el ámbito público. Además, este personaje visibiliza la hipocresía social, es decir, la distancia diametral que a menudo se produce en la sociedad entre las formas y el fondo, entre la realidad y las apariencias (*al-tawahir* y *al waqi*).

En definitiva, superando los límites de lo establecido, consigue demoler dicotomías muy asentadas en su sociedad que han sido reforzadas por el valor icónico y referencial del arquetipo fomentado desde el poder para, instrumentalizando la religión, las religiones, las ideologías o incluso las modas y encasillando al ser humano en prisiones sucesivas, ejercer su control sobre él. Estos límites impuestos abarcan una serie de estratos que nuestra protagonista atraviesa: empezando por la prisión del propio cuerpo, pasando por otra de tipo social: la delimitación de los espacios y por una prisión moral, la de lo lícito y lo que no lo es, para acabar en una última muralla psicológica, la de los referentes morales. En este relato El Saadawi difumina por ello los distintos modelos femeninos con los que la mujer va identificándose, encasillándose para liberarla e instarla a que construya una identidad propia e inalienable.

5. LA SUPERACIÓN DE LOS ARQUETIPOS

La superación de los paradigmas, femeninos en este caso, es, junto con el desvelamiento del tabú y la demolición de los límites de lo establecido, otra de las estrategias que la autora propone para la construcción de la verdadera identidad. Estos modelos tan rígidos suponen, en sí, otra prisión de la que Firdaws —que es como decir «la mujer árabe», «la mujer», «el ser humano»— intenta escapar. Así, en cada ciclo vital, en cada etapa, su historia es el eterno retorno al punto de partida y

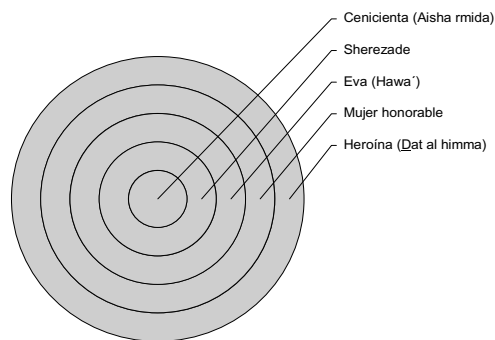
¹³ Consúltese al respecto el artículo: L. BRANCIFORTE y R. ORSI, «Espacio público y mujer: un difícil camino a la modernidad». *Themata Revista de Filosofía*, vol. 39 (2007).



la identidad de la protagonista de *Mujer en punto cero* se forja en torno a distintos paradigmas de mujer:

En su niñez nuestra protagonista es una especie de cenicienta, *Aišà Rmida*, una niña explotada que no tiene cubiertas sus necesidades emocionales ni físicas y que, sobre todo, carece de la formación necesaria para conseguirlas. Para salir de ese callejón sin salida, se percata Firdaus, hay que superar la ignorancia y se obsesiona desde la infancia con encarnar el mito de Sherezade, *Šahrazad*, la mujer que alcanza la liberación gracias al conocimiento, al saber, y nuestra protagonista consigue así terminar sus estudios de primaria. Posteriormente se libera de la cárcel de su propio cuerpo y se adueña de él, vendiéndoselo a otros, y rompe así uno de los tabúes más sólidamente asentados en el inconsciente colectivo de hombres y mujeres: el tabú del cuerpo femenino, del sexo, de la violencia que contra él se ejerce con actos de barbarie como la violación, la ablación y la cosificación del cuerpo de la mujer que se hace visible en la prostitución. Nuestra protagonista encarna ahora el mito de *Eva Hawa'*, la mujer como tentación-perdición que consigue bienestar, poder y libertad gracias a su cuerpo. La prostitución representa además la violencia, la hipocresía y la deshumanización de que es víctima la sociedad árabe en su conjunto. Pero la cárcel del cuerpo está cerrada con la llave del honor. Nuestra protagonista, para abrir este último candado, el de la honorabilidad, abandona la prostitución que, además de ayudarle a cubrir sus necesidades básicas, le ha proporcionado todo tipo de comodidades y sobre todo la libertad necesaria para desenvolverse en el mundo de los hombres y decide, sin embargo, empezar a trabajar en una oficina y ganarse así el beneplácito ajeno. La mirada ajena está presente en toda la obra y la palabra «ojos» aparece con una insistencia que no es casual. ¿Uno es como se siente o como le ven los demás? Con este cambio de paradigma consigue ser una mujer honorable pero no consigue saber quién es. Cuando por fin consigue la ansiada respetabilidad de la mujer *comme il faut*, se da cuenta de que las relaciones de poder subyacen a todo. Un desengaño le hace volver a la prostitución pero esta vez vuelve con la idea fija de que es la lucha contra la injusticia y contra la opresión lo que vertebraba su identidad, lo que le llena y lo que le hace sentirse bien en su piel. El relato da un giro final y su protagonista pasa de la resistencia pasiva, del silencio que ha mantenido en todos los ciclos, a la acción, y asesina a su proxeneta. Acaba encarnando a una heroína, la mujer guerrera de la épica árabe a lo *Dat al-himma*¹⁴, que pasa al combate físico, a la acción, con cualidades típicamente atribuidas al hombre, como son el coraje y la decisión.

¹⁴ Sobre el arquetipo de la mujer guerrera, consúltese A.R. VIDAL LUENGO, *Mujeres excéntricas en la literatura árabe oral: sultanas, hechiceras, «liberadas»*. En www.Cyberhumanitatis.uchile.cl.



Ciclos para la superación del arquetipo.

La protagonista va a lo largo de esta obra identificándose, como hemos visto, con distintos referentes para superar el arquetipo y encontrarse a sí misma. Desde la Cenicienta de su infancia, pasando por *Sherezade*, la mujer que busca la liberación mediante el saber, por Eva, la que busca el poder mediante la seducción de su cuerpo y el de la mujer «*comme il faut*», respetable honorable y digna, para acabar abogando por una heroína a lo *dat al himma*, alguien que sale de su situación no ya gracias a la trasgresión, a las sucesivas trasgresiones, sino subvirtiendo el orden moral y más concretamente la sola aparente dicotomía que asocia el hombre a la acción y la mujer a la resistencia pasiva.

6. CONCLUSIONES: LA SUBVERSIÓN COMO SOLUCIÓN

Como hemos ido viendo, en *Mujer en punto cero* El Saadawi desvela los tabúes y rompe los límites morales (lo *haram* y lo *halal*), sociales (lo *'amm* y lo *jass*) y psicológicos de los diferentes paradigmas femeninos. Pero será al final cuando la protagonista atraviese la última frontera y el orden moral quede totalmente subvertido, el nudo gordiano de su vida que no es otro que el miedo y la violencia o el miedo a la violencia. Y es sólo al terminar la novela cuando nuestra protagonista ya no tiene miedo, ya no resiste pasivamente, sino que toma las riendas de su vida recurriendo a la violencia, pasando a la acción.

La prosa de El Saadawi es, como hemos podido observar, no sólo de denuncia sino que va más allá: tiene una vocación subversiva, pues constantemente da un vuelco y golpea con violencia la balanza que mide el equilibrio, o más bien, la inmovilidad de lo establecido. Toda polaridad se subvierte y en *Mujer en punto cero*, Paraíso está en el infierno, la dueña del prostíbulo es la noble reformadora de la religión, las prostitutas son señoras, los esclavos se liberan y los poderosos quedan presos de su propia ambición. La huida, las sucesivas huidas son actos de valentía y el miedo, el tema que imprime al relato su acelerado latido, lejos de paralizar, es el motor de la acción y del cambio a los que nuestra autora parece estar instando...



Primero me dio una tunda. Luego hizo venir a una mujer que tenía una navajita o quizá una hoja de afeitar. Me cortaron un trozo de carne de la entrepierna. Estuve llorando toda la noche. La mañana siguiente, mi madre no me mandó al campo. (p. 22)

Cuando nuestras manos entraron en contacto sentí una extraña descarga inesperada, que hizo estremecerse mi cuerpo con un placer profundo, remoto, que se remontaba más allá de los años de mi vida recordada, más profundo que la conciencia que me había acompañado durante todo ese tiempo. La sentí en algún punto de mi ser, en una parte que había nacido conmigo, pero que no me había acompañado al crecer [este es uno de los fragmentos que, con ligeras variantes, se repite a lo largo del relato]. (p. 90)

Cuando moría una de sus hijas, mi padre tomaba la cena, mi madre le lavaba las piernas y luego se iba a dormir como todas las noches. Cuando la criatura que moría era un niño, le daba una paliza a mi madre, luego cenaba y se echaba a dormir. (p. 27)

Tenía más de sesenta años y yo aún no había cumplido los diecinueve. En el mentón debajo del labio, tenía un gran bulto, con un orificio en el centro. Algunos días el orificio estaba seco, pero otras veces se convertía en un viejo caño oxidado del que supuraban gotas rojas, de un color parecido a la sangre, o de un blanco amarillento, como pus.

Cuando el orificio se secaba le permitía besarme. Sentía el contacto del bulto sobre mi cara y mis labios como una bolsita o una vejiga, llena de fluido grasiento estancado. Pero cuando no estaba seco, apartaba los labios y la cara para rehuir el olor de perro muerto que emanaba de él. (p. 52)

Tenía una mano ancha y fuerte y fue la peor bofetada que había recibido en mi vida. Mi cabeza se bamboleó, primero hacia un lado, luego hacia el otro. Las paredes y el suelo parecieron balancearse violentamente. Me sujeté la cabeza con las manos hasta que todo volvió a calmarse, luego levanté los ojos y nuestras miradas se encontraron.

Fue como si viera por primera vez ese par de ojos que me miraban desafiantes. Dos superficies negras como el carbón que se clavaron en mis ojos, recorrieron con infinita lentitud mi cara y mi cuello y luego fueron descendiendo poco a poco hasta mi pecho y mi vientre, para posarse en un punto situado justo debajo, entre mis muslos. Un temblor frío, como estertor de la muerte, sacudió mi cuerpo y mis manos descendieron instintivamente para cubrir la parte donde había fijado la mirada, pero sus manazas se abalanzaron rápidamente para apartarlas. A continuación me golpeó en el vientre con el puño, con tanta fuerza que perdí el conocimiento en el acto. (p. 59)

Así descubrí que para proteger el honor se necesitan grandes sumas de dinero, pero no es posible obtener tanto dinero sin perder el honor. Un círculo infernal imparables que cada vez me arrastraba más cerca del abismo. Jamás dudé, sin embargo, de mi integridad y honorabilidad como mujer. Sabía que mi profesión era un invento de los hombres y que éstos dominaban ambos mundos, el de la tierra y el del cielo.



Sabía que los hombres obligaban a las mujeres a vender sus cuerpos y que el cuerpo peor pagado es el de una esposa. Todas las mujeres son prostitutas de algún modo. Yo era una mujer inteligente y por eso prefería ser una prostituta libre antes que una esposa esclavizada. (p. 103)

Le arrebaté la navaja y se la clavé profundamente en el cuello, la arranqué del cuello y se la hundí en el pecho, la arranqué del pecho y le atravesé el vientre. Le cosí a navajazos casi todas las partes del cuerpo: me asombró la facilidad con que se movía mi mano, hundiendo la navaja en su carne y arrancándola de nuevo casi sin esfuerzo. Mi sorpresa fue aún mayor porque jamás había hecho nada igual: un interrogante se formó fugazmente en mi mente: ¿Cómo se explicaba que no hubiera apuñalado jamás a un hombre hasta entonces? Comprendí que no lo había hecho porque tenía miedo y ese miedo había permanecido siempre vivo dentro de mí, hasta ese breve instante en que descubrí el temor de sus ojos. Abrí la puerta, bajé la escalera y salí a la calle. Sentía el cuerpo ligero como una pluma, como si su peso se debiera sólo al miedo acumulado durante años. (p. 108)

Pero el eco de mis pisadas, firmes y seguras sobre la acera, demostraba que no pertenecía a nadie. (p. 109)

No me condenaron a muerte por haber matado a un hombre —miles de personas mueren asesinadas a diario—, sino porque temían que siguiera viva. Saben que mientras esté viva no estarán a salvo, saben que los mataré. Mi vida significa su muerte. Mi muerte significa su vida. Quieren seguir viviendo. Y para ellos vivir significa más crímenes, más saqueo, un botín ilimitado. Yo, en cambio, he triunfado sobre la vida y sobre la muerte porque ya no deseo vivir ni me asusta morir. No deseo nada. No espero nada. No temo nada. Y en consecuencia, soy libre. (p. 113)

